

Domingo 11 del Tiempo Ordinario

+ Lectura del santo Evangelio según San Lucas

En aquel tiempo, un fariseo rogaba a Jesús que fuese a comer con él. Jesús, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. Y una mujer de la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino con un frasco de perfume, y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con sus lágrimas, se los enjugaba con sus cabellos, los cubría de besos y se los unguía con el perfume. Al ver esto, el fariseo que lo había invitado se dijo: Si éste fuera profeta, sabría quién es esta mujer que lo está tocando y lo que es: una pecadora.

Jesús tomó la palabra y le dijo: Simón, tengo algo que decirte. Él respondió: Dímelo, Maestro.

Jesús le dijo: Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de los dos lo amará más?

Simón contestó: Supongo que aquel a quien le perdono más.

Jesús le dijo: has juzgado rectamente.

Y, volviéndose a la mujer, dijo a Simón: ¿Ves a esta mujer?

Cuando yo entré en tu casa, no me pusiste agua para los pies; ella, en cambio, me ha lavado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con su pelo. Tú no me besaste; ella, en cambio, desde que entró no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con unguento; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo, sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor; pero al que poco se le perdona, poco ama.

Y a ella le dijo: Tus pecados están perdonados.

Los demás convidados empezaron a decir entre sí: ¿Quién es éste, que hasta perdona pecados?

Pero Jesús dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado, vete en paz.

Homilías

(A)

En la casa de una persona importante como era el fariseo Simón, que había invitado a Jesús a comer, aparece de repente una mujer. No estaba en la lista de los invitados.

Su aparición en la casa de un hombre tenido por honrado y religioso como Simón es todo un atrevimiento. ¡Qué descaro! No se da el nombre; sólo sabemos su oficio: «una pecadora de la ciudad...».

Llega al banquete con la esperanza de encontrar a alguien que no la mire como un objeto de placer. Tiene la esperanza de ofrecer el propio corazón, la esperanza de ser comprendida al fin y encontrar un corazón. Había tenido muchos amantes, pero era Jesús el único que la amaba de verdad. Cada uno reza a su modo; la oración de la pecadora aquí está hecha de silencio, de lágrimas y de besos con que cubría los pies de Jesús. Y Simón piensa: Si este hombre fuera profeta sabría que esta es una pecadora. Jesús toma la defensa de aquella mujer extraviada, que parecía no tener defensa. Jesús, que se fija en el corazón y no en las apariencias, se da cuenta de que ella era mejor que todos aquellos que la estaban condenando. Y les dice:

«Sus muchos pecados están perdonados porque tiene mucho amor» (Lc 7,47).

Un sacerdote que en Barcelona se dedicaba al apostolado en los barrios marginados y en las cárceles, paseando un día por las Ramblas, vio que una señora, llamada Rosi, se acerca a él y le dice: «Mi marido se ha arruinado con el juego y está enfermo. Me escribe que vuelve definitivamente de Alemania y quiere vivir de nuevo conmigo».

La Rosi vino de Alemania hacía 20 años, cuando su marido la dejó por otra. Desde entonces ha hecho de todo: camarera de barra

americana, prostituta, cuidadora de niños, y ahora fregaba las habitaciones del hotel...

Ella dice que a su marido no puede quererle. Pero que están casados todavía. Y que su marido está enfermo. Y que necesita a alguien que lo cuide, y que si las otras mujeres lo han dejado, ¿va a dejar que se muera sin que lo cuide nadie? No; dice que ella cuidará de él. Y de él cuidó.

Yo me pregunto: Ante esta sociedad que vive de apariencias, ¿quién le quitará de encima lo de haber sido prostituta?

Ante la sociedad, para una buena conducta se necesita tiempo, pero basta un momento para perderla.

Dios, sin embargo, no se fija en las apariencias; se fija en el corazón. Y a esta mujer se le perdonarán muchos pecados porque ha amado mucho.

Jesús lo ha dicho claramente: en el reino de los cielos las prostitutas tendrán preferencia a muchos que pasan por personas respetables.

(B)

Es la historia de dos amigos en el desierto. En un momento de enfado uno le dio una bofetada a su amigo. Éste dolorido pero sin decir palabra escribió en la arena:

HOY MI MEJOR AMIGO ME HA DADO UNA BOFETADA.

Continuaron caminando y llegaron a un oasis, y decidieron bañarse. El que había sido abofeteado estuvo apunto de ahogarse y su amigo lo salvó. Cuando se repuso escribió sobre una piedra:

HOY MI MEJOR AMIGO ME HA SALVADO LA VIDA.

El que había sido abofeteado y salvado la vida le preguntó a su amigo: ¿Por qué escribiste en la arena y ahora en la piedra? El amigo le respondió: cuando alguien nos hiere, hay que escribir en la arena para que los vientos del perdón lo puedan borrar. Pero cuando alguien nos hace el bien debemos grabarlo en piedra, para que ningún viento lo pueda borrar y nos lo haga olvidar.

¿Quién es éste, que hasta perdona los pecados?

Todos, de mil maneras y de mil personas, somos deudores.

Estamos en deuda con nuestros padres que tanto se sacrifican por nosotros, en deuda con la sociedad que nos protege, en deuda con nuestros maestros que nos inspiran, en deuda con la iglesia que nos reconcilia y alimenta, en deuda grande e impagable con Dios. Pocas veces caemos en la cuenta y seguimos viviendo como si fuéramos autónomos, como si no necesitáramos de nadie.

El evangelio de Lucas de este domingo nos exhorta a reconocer nuestra actitud egoísta y a agradecer de corazón a Dios –el gran prestamista- el perdón diario de nuestras deudas.

El fariseo, anfitrión de Jesús, satisfecho de sus bienes y de su perfección no tiene nada que agradecer, nada de qué arrepentirse, no tiene deudas. Solamente tiene su rectitud.

Yo no me veo reflejado en él. Supongo que ustedes tampoco.

La mujer pecadora busca a Jesús porque se siente abrumada por el peso de sus deudas, necesita pagarlas con las lágrimas, "con mucho amor", al único que puede dejar su cuenta a cero.

Jesús siente compasión, que no lástima, sino cercanía, comprensión. Y cumple la misión para la que ha sido enviado por el Padre, perdonar, pagar su deuda.

Sólo puede perdonar el que olvidándose de su perfección se pone en lugar del otro, se mete en sus zapatos y se identifica con él.

En el ejemplo de Jesús: "Un prestamista tenía dos deudores" ... hay una nota de humor. Y es que el buen humor es la otra cara de la fe y del perdón.

¿Se imaginan ustedes un cristiano sin el don de la alegría?

Todas nuestras deudas canceladas y ¿no saltar de alegría y delirar diciendo tonterías?

La iglesia del perdón de Dios, debería ser la iglesia del buen humor y de la gran alegría.

No hay pozo tan hondo en el que Dios no pueda entrar.

No hay perdón tan difícil que Dios no pueda conceder.

No hay herida tan grande que Dios no pueda sanar.

Al banquete de la hospitalidad acudimos los domingos todos los deudores a saldar cuentas con Dios. ¿Salimos perdonados?

¿Salimos alegres y ligeros de equipaje?

Sí, este Jesús, nuestro anfitrión, tiene poder para perdonarnos y nos invita a perdonar.

Jesús nos invita a no llevar cuenta de las ofensas y suprimir de nuestro corazón el deseo de venganza.

El perdón difícil no es el de los grandes titulares y escándalos de nuestro mundo: la guerra, la miseria, el calentamiento global, los abusos sexuales...sino el perdón en nuestras relaciones personales de la vida cotidiana: en la familia, el trabajo, el deporte, en la escuela...

La firma auténtica del cristiano es la del perdón.

(C)

Son bastantes los que, en nuestros días, han abandonado calladamente toda comunicación con Dios. Bastantes también los que han dado la espalda a todo interrogante religioso para vivir distraídos únicamente por la vida pequeña y fragmentaria de cada día.

Y cuando se los escucha atentamente, se descubre con frecuencia que la religión que abandonan y rechazan es algo que ha sido vivido como una carga y no como liberación.

Dios está todavía en el fondo de muchas conciencias como un ser amenazador y exigente que hace más incómoda la vida y más pesada la existencia. Un Dios vigilante, que impone obligaciones duras y difíciles y amenaza con castigos oscuros e inexplicables.

Se diría que son bastantes los que, sin atreverse a confesarlo abiertamente, desearían que Dios no existiera. Así podríamos vivir con más libertad y más gozo, disfrutando de la vida con más espontaneidad, libres por fin de amenazas y coacciones eternas.

Dios no ha sido ni es para muchos «Buena Noticia,.. La religión no ha sido gracia, liberación, alivio, fuerza y alegría para vivir.

Y sin embargo, si hay algo esencial en el cristianismo es la fe en un Dios que quiere únicamente el bien, la felicidad del hombre.

Un Dios que es «Anti-mal» (E. Schillebeeckx), que dice un no radical a todo lo que provoca el dolor y la desintegración del ser humano.

Cualquier lectura del evangelio que lleve a los hombres a la angustia, la desesperanza, el agobio y la neurosis, es falsa. Todo lo que impida ver a Dios como gracia, liberación, perdón, alegría y fuerza para crecer como seres humanos, es, de alguna manera, blasfema. Todo lo que debilita, entristece y esclaviza al hombre no es de Dios.

En Jesús se nos ha revelado que Dios no es destructor de la vida y la felicidad, sino Amor a la vida y Amor al hombre.

Jesús está siempre del lado del hombre frente al mal que oprime, desintegra y deshumaniza. Por esto, está siempre del lado del perdón.

Y por eso también el creyente que «ha entendido» a Jesús, no desespera ante su propia fragilidad y pequeñez. Tampoco niega su culpa para echársela cómodamente a los otros. Sabe asumir su propia responsabilidad y confesar su pecado y su mal, porque se sabe perdonado.

Es un regalo poder escuchar en el fondo más íntimo de la propia conciencia las mismas palabras que Jesús dirigió a la pecadora: «Tú fe te ha salvado. Vete en paz». La experiencia del perdón, ella sola sería capaz de mantener la esperanza en el mundo.

(D)

Una mujer pecadora está tocando a Jesús. La reacción de Simón es de indignación y escándalo. Aquella mujer es una indeseable a la que habría que alejar rápidamente del Profeta. La reacción de Jesús, por el contrario, es de acogida y comprensión. Sólo parece ver en ella un ser necesitado de amor, reconciliación y paz.

Esta actitud constante de Jesús, descrita a lo largo de todo el evangelio de Lucas, de acogida a los que parecen excluidos de antemano del Reino de Dios, nos ha de obligar a los cristianos a revisar nuestras actitudes hacia ciertos sectores y grupos a los que parece que negamos el derecho de acercarse a Jesús.

Entre estos grupos hay uno del que los cristianos apenas nos atrevemos a hablar: el mundo de los homosexuales y las

lesbianas. Un mundo que las Iglesias han preferido casi siempre silenciar, mientras, socialmente, era objeto de distorsiones, desprecios y persecución.

Apenas ni una palabra de esperanza. Sólo condenas y anatemas para reducirlos a la oscuridad, al silencio o al desprecio de los demás. ¿Dónde han podido escuchar una palabra que les hiciera sentirse llamados también ellos al Reino de Dios? ¿Cuándo han podido saber que Dios es también para los indeseables de la sociedad? ¿Quién les ha abierto un acceso al Evangelio?

Y, sin embargo, también los homosexuales y las lesbianas tienen derecho al Evangelio aunque esta simple afirmación suene de una manera extraña y escandalosa a los oídos de bastantes cristianos.

Las comunidades cristianas nos hemos de preguntar qué ayuda hemos ofrecido a estos hombres y mujeres para crecer en madurez humana y responsabilidad cristiana. Qué mensaje han podido escuchar de nosotros para vivir su homosexualidad desde una actitud responsable y creyente.

No basta con adoptar una postura de condena o rechazo cuando la orientación global de la sexualidad de una persona queda fuera de su propio control. Ni se puede condenar de manera total y absoluta la vida de una persona reduciéndola a su sexualidad, sin tener en cuenta otros valores y dimensiones de su personalidad.

No se trata de silenciar las exigencias del evangelio a estos grupos, sino de anunciar y ofrecer también a estos hombres y mujeres la posibilidad de que descubran en Jesucristo su propia dignidad, la aceptación responsable de su condición y la acogida liberadora que les niega casi siempre la sociedad.

(E)

«MIRADA DIFERENTE»

La prostituta del pueblo interrumpe de pronto el banquete organizado por un fariseo para agasajar a Jesús. En cuanto la ve, Simón la reconoce y se pone nervioso. Conoce bien a estas prostitutas que se acercan al final de los banquetes en busca de clientes.

La prostituta se dirige directamente a Jesús. No dice nada. Está conmovida. No sabe cómo expresarle su agradecimiento y rompe a llorar. Sus lágrimas riegan los pies de Jesús. Olvidándose de los presentes, se suelta la cabellera y se los seca. Besa una y otra vez aquellos pies queridos, y, abriendo un pequeño frasco que lleva colgando de su cuello, se los unge con perfume.

El fariseo contempla la escena horrorizado. Su mirada de hombre experto en la ley sólo ve en aquella mujer una «pecadora» indigna que está contaminando la pureza de los comensales. No repara en sus lágrimas. Sólo ve en ella los gestos de una mujer de su oficio que sólo sabe soltarse el cabello, besar, acariciar y seducir con sus perfumes.

Su mirada de desprecio le impide, al mismo tiempo, reconocer en Jesús al profeta de la compasión de Dios. Su acogida y su ternura hacia esta mujer lo desconciertan. No puede ser un profeta.

La mirada de Jesús es diferente. En aquel comportamiento que tanto escandaliza al «moralista» Simón, él sólo ve el amor y el agradecimiento grande de una mujer que se sabe muy querida y perdonada por Dios. Por eso se deja tocar y querer por ella. Le ofrece el perdón de Dios. Le ayuda a descubrir dentro de sí misma una fe que la está salvando y le anima a vivir en paz.

Jesús no fue visto nunca como representante de la norma sino como profeta de la compasión de Dios. Por eso, en el movimiento de los que hoy tratamos de seguirle, no necesitamos «maestros» que desprecien a los pecadores y descalifiquen a los «profetas» de la compasión de Dios.

Necesitamos cristianos que miren a los marginados morales, los desviados y los indeseables con los ojos con que los miraba Jesús. Dichosos los que están junto a ellos y ellas sosteniendo su

dignidad humana y despertando su fe en ese Dios que les ama,
entiende y perdona como nosotros no sabemos hacerlo.

P. Juan Jáuregui Castelo